

Sabanas frías. [08-07-16]

Agustín Nicolas Molina

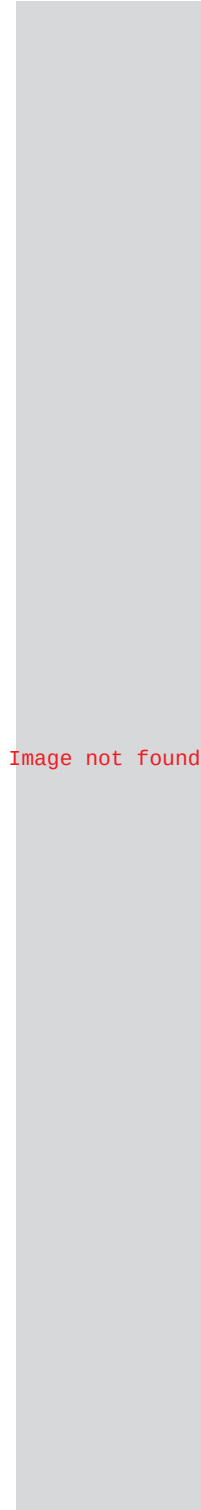


Image not found.

Capítulo 1

La cerradura se movía demasiado, y Alejandro no lograba introducir la llave. Era ya noche cerrada cuando en auto lo dejó en la puerta de su casa, tambaleándose. La bocina sirvió de saludo, y el auto se alejó, con el motor ronroneando.

Durante veinte minutos estuvo discutiendo con la puerta, exigiéndole que se abra. Después de varias amenazas, esta cedió.

Se vio caminando por la sala de su casa. Trataba sin éxito de no hacer ruido, no quería despertar a su esposa e hijos. Su esposa le había llamado hacía horas, y no estaba para regaños o discusiones.

Se detuvo frente a la heladera, de pronto tenía mucha hambre. Había sido una noche cálida y extenuante. El pequeño foco del interior iluminó una fuente con frutas. Agarró una manzana, cerró la puerta y se sentó en la oscuridad a comérsela.

Con cada bocado que daba, sus fosas nasales se inundaban del aroma de Daniela. El dulce jugo de la fruta se volvía amargo con su recuerdo.

¡Cuánta dulzura había entre sus piernas! Se terminó la manzana con lentamente. Mientras masticaba, su nariz descansaba sobre sus dedos. Divisó un hilo de luz colándose bajo la puerta cuando caminaba hacia ella. Elena estaba despierta.

Entró rápidamente al baño. Dejo correr el agua del grifo un instante y lavó su cuello. Una parte del amor que había comprado aquella noche se escapaba por el lavabo, y no pudo hacer nada para evitarlo. Otra, en cambio, permanecería allí por algunos días más.

Cuando entró en la habitación Elena estaba leyendo. Su cabello, salpicado de gris, le caía hasta los hombros. El resto del cuerpo estaba sepultado bajo las mantas.

-Hola –dijo, evitando su mirada. No se atrevía a mirarla a los ojos.

-Te llamé –fue lo único que obtuvo como respuesta. Notaba su mirada clavada en él.

-Sí, las vi un poco tarde. Perdón.

Se sentó en su parte de la cama. Comenzó a desvestirse. El frío acarició su piel al rozar las colchas. Elena siempre lo molestaba con lo mismo.

Hacía casi veinte años que estaban casados, y a Alejandro le parecía el doble. Al menos, la imagen de ella le hacía creer eso.

Ya no quedaba nada de la mujer con la que él se había casado. Esa mujer joven, hermosa, siempre con una sonrisa en el rostro y presta a ayudar en todo. En su lugar, ahora estaba una mujer gruñona, perfeccionista hasta la medula, que no dejaba de criticarlo todo ni un segundo y carente de todo encanto.

-Creo que pudiste llamarme cuando las viste, ¿no? Estuve preocupada. Volteó para verla al tiempo que se metía en la cama. Sus ojos estaban vidriosos, y tenía los labios fruncidos en una mueca angustiosa.

-Es que ya me estaba viniendo. –Y era cierto, en parte. Se cubrió hasta arriba con las colchas.

-A las nueve te llamé, Alejandro, ¡A las nueve! –gritó-. Son casi las dos

-en eso, sus ojos desbordaron-.

-Bueno -dijo él, molesto. Tenía los pensamientos embotados y el techo daba vueltas-, vas a despertar a los niños.

-Con eso solucionas todo, ¿no? ¿Dónde estuviste? -Su voz estaba llena de sueños rotos ya añejos, todos atravesados en la garganta.

-En lo de Jorge, tomando un cerveza. -Se dio la vuelta, mirando la pared-. Hasta mañana.

La luz se apagó y le sucedió un débil y amortiguado llanto. Cada tanto, Elena se sorbía los mocos. Las sabanas frías lo hacían estremecer, para había aprendido a vivir con ello.

Tardó mucho en dormirse. Era habitual en Elena molestarlo con sus llantitos a la hora de dormir, pero el sueño siempre lograba vencer. Esa noche soñó con Daniela, y deseó que la próxima quincena llegase rápido.
Copyright © [2015-2016] [Agustin Nicolas Molina]